

MAPOCHO INCAICO Y LA FUNDACIÓN DE SANTIAGO DE CHILE

Rubén Stehberg

CRÍTICA

*Al cacique Quilicanta,
último gobernador de la provincia
incaica del Mapocho*

Índice

Prólogo	11
Introducción	21
I. Red vial prehispánica e hispano-indígena	45
II. Distritos de irrigación de la cuenca del Mapocho	67
III. Distritos de irrigación del río Maipo	81
IV. Tripartición de la tierra	95
V. Extensión de las acequias prehispánicas	99
VI. Pedro de Valdivia y la rebelión de Santiago	103
VII. Antecedentes culturales de la población preincaica	107
VIII. De área marginal a centro político y económico principal	113
IX. El centro administrativo y ceremonial principal del Mapocho	123
X. Geografía sagrada	131
XI. Pedro de Valdivia, Inés Suárez y la conquista de Chile	139
XII. Nombramiento de gobernador	145
XIII. Reflexión final	149
Agradecimientos	155
Referencias bibliográficas	157
Glosario	165

•

Prólogo

Conozco a Rubén Stehberg desde hace más de cincuenta años. Nos une una amistad forjada en las aulas como estudiantes de arqueología y en las múltiples conversaciones que acompañan a quienes comparten una profesión como la nuestra, centrada en entender el pasado a partir de enfoques cada vez más integra- dores, críticos y ligados al contexto en que se aplican. A medida que hemos ido desarrollando nuestras respectivas trayectorias, he seguido su carrera con especial interés y admiración por su constancia, sus preguntas de investigación, su capacidad para formar equipos, la originalidad de sus planteamientos y su rigor investigativo. Que me haya solicitado escribir este prólogo es para mí un tremendo gesto de confianza y, sobre todo, un honor que agradezco profundamente.

La verdad es que no soy especialista en la arqueología de los incas en Chile central. Por supuesto, coincido con Stehberg en nuestro interés por el Tawantinsuyu, pero desde otras latitudes y otros registros empíricos. Mis investigaciones han tenido lugar principalmente en el árido Norte Grande, donde he estudiado otras dinámicas regionales, otras formas de habitar el territorio y otros devenires locales dentro del extenso y multifacético mundo andino. No obstante, justamente por eso, leer este libro ha sido para mí particularmente motivante. He podido reconocer problemas que son comunes a ambas regiones: la relación entre centros y periferias, entre poder

imperial y sociedades locales, entre conquista física y conquista simbólica, entre memoria, paisaje y dominación. Es que este libro no habla solo del pasado de Santiago de Chile; habla de los Andes en su complejidad y diversidad, posibilitando entrever continuidades y rupturas, tensiones y contrastes mucho más allá de la capital de nuestro país, y desde luego, más allá del núcleo cuzqueño. En una época en que las potencias hegemónicas hacen y deshacen con la vida de miles de millones de personas a través del orbe, los estudios sobre los imperios arcaicos y sus efectos sobre las realidades locales reverberan sobre nuestras propias existencias, haciéndonos ver que las antiguas historias imperiales tienen una notable vigencia y pertinencia.

El objetivo del libro es reconstruir el pasado prehispánico de la cuenca del río Maipo y su afluente principal, el Mapocho, y defender la tesis de que la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo se fundó sobre un sustrato indígena e incaico preexistente. La aproximación es interdisciplinaria. Mediante un original enfoque interpretativo que denomina “arqueología de los documentos”, el autor dialoga con una diversidad de fuentes provenientes de la arqueología, la etnohistoria, la historia colonial y la geografía histórica. Se argumenta a lo largo del texto que Santiago no se levantó en un “espacio vacío”, sino sobre una infraestructura política, vial, agrícola y simbólica desarrollada previamente por sociedades indígenas locales y por el Estado Inca. El propósito de fondo de la obra es traer a la luz esa herencia escondida y reivindicar la contribución de los pueblos originarios en la formación del territorio y la ciudad.

El capítulo 1 parte describiendo la ocupación humana en la hoya hidrográfica del Mapocho-Maipo previa al arribo de los incas y los españoles. Sostiene que durante el Período Agroalfarero Temprano las poblaciones locales subsistían de la horticultura, la caza y la recolección, residiendo cerca de los cursos de agua en pequeños caseríos dispersos dentro de una territorialidad que caracteriza como discontinua. La organización política era segmentaria y liderada por chamanes-curanderos,

con bajo nivel de desigualdad social y cierta especialización artesanal.

El capítulo 2 aborda la emergencia de la Cultura Aconcagua hacia los años 900 a 1000 d.C. como un giro o vuelco en la historia regional. Si bien descendiente de las poblaciones del Período Agroalfarero Temprano, esta cultura habría experimentado una “revolución interna” con el surgimiento de un liderazgo político más fuerte que sustituyó paulatinamente el viejo liderazgo de los chamanes-curanderos. Este proceso habría propiciado la gestación de una conciencia más amplia de pertenencia colectiva, aunando a diversos linajes en una entidad étnica regional y plantando las bases para la ulterior anexión del territorio al Tawantinsuyu.

El capítulo 3 trata del arribo de los incas al valle del Mapocho a comienzos del siglo xv. Plantea que la colonización incaica se basó en negociaciones con las poblaciones locales y fue más profunda y estructural de lo que tradicionalmente se ha reconocido. El Estado Inca habría establecido una provincia organizada, con autoridades estatales, centros administrativos, caminos y canales de regadío. Se habría tratado de un genuino reordenamiento territorial en el que los funcionarios cuzqueños introdujeron sus instituciones imperiales, incorporando a las poblaciones nativas de la región dentro de una estructura política mayor: el Tawantinsuyu o Imperio de las Cuatro Regiones.

Uno de los aportes intelectualmente más audaces de estos tres primeros capítulos es que reemplaza la mirada convencional sobre la fundación de Santiago. En vez de iniciar el relato histórico de la ciudad con el arribo del conquistador Pedro de Valdivia, Stehberg insta a los lectores a retroceder varios siglos y admitir que el valle del Mapocho ya estaba densamente poblado, organizado y significado con bastante anterioridad a la invasión hispana. No son meros capítulos de “antecedentes” indígenas; se trata, más bien, de lo que en otra parte hemos llamado la historia larga de Chile, esa que yace bajo la línea de flotación del verdadero “iceberg” que es la ignorada historia completa del país: antes del año 900 d.C.,

el desarrollo de sociedades locales del Período Agroalfarero Temprano con sus propios modos de organización, después, cinco siglos de florecimiento de una cultura regional —la Aconcagua— con procesos políticos e ideológicos propios, y finalmente, una ocupación incaica profunda y estructural. En suma, son capítulos en que el autor lejos de limitarse a narrar hechos, reconstruye procesos.

El capítulo 4 se focaliza en Quilicanta, gobernador inca encargado de administrar el valle del Mapocho en nombre del Cuzco, y en la localización del centro administrativo incaico. El texto argumenta que dicho centro se ubicaba allí donde más tarde se fundó Santiago, es decir, en torno a la actual Plaza de Armas. Un evento crucial para esta inferencia es la reunión realizada en el “tambo grande” junto a la plaza para reconocer a Pedro de Valdivia como gobernador, pues tuvo lugar el 11 de junio de 1541, o sea, el día del solsticio de invierno en el calendario juliano. La elección de esta fecha se interpreta como una estrategia de legitimación ante la población nativa e incaica, dado que es el momento más sagrado del año. La consecuencia política inmediata de este acto habría sido la destitución de Quilicanta y la desaparición de la provincia incaica, que había subsistido autónomamente por casi una década después de la caída del Imperio en Cajamarca a manos de los españoles. Como reacción a este acto, la población local dejaría de trabajar la tierra para provocar la hambruna entre los invasores, y estos procurarían contrarrestar el boicot cultivando ellos mismos las chacras.

Como arqueólogo habituado a trabajar en regiones que durante mucho tiempo fueron estigmatizadas como “marginales” dentro de la historia del Tawantinsuyu, estas reconstrucciones me hacen repensar los bordes del imperio incaico. Chile central emerge en este nuevo relato no como una pasiva periferia, sino como una zona de contacto activa, dinámica y tensionada, donde se articulaban trayectorias locales e intereses imperiales de dos imperios sucesivos, el incaico y el español. La figura de Quilicanta es icónica en este sentido, resultando sugerente

que Stehberg dedique el libro a su memoria, pues fue una autoridad provincial y, por lo tanto, estrechamente vinculada al Cuzco, pero a la vez profundamente inserta en la realidad local. De hecho, cuenta un relato no confirmado en que Quilicanta fue uno de los siete caciques indígenas rebeldes que murieron decapitados por la aguerrida amante de Valdivia, la viuda Inés de Suárez. Según el libro, la historia de Quilicanta, tras ser depuesto por Valdivia, ilustra con inusual precisión el instante de ruptura entre dos órdenes políticos, dos maneras de ejercer el poder y de entender el territorio.

El capítulo 5 es particularmente interesante porque describe la vasta infraestructura heredada del período incaico, mencionando por sus nombres lugares de la cuenca del Mapocho-Maipo que son fácilmente reconocibles por todos quienes residen o han residido en la Región Metropolitana. Es así como el lector se entera de cómo la red vial, presidida por el Qhapaq Ñan o Camino del Inca, conectaba el valle del Mapocho con los valles de Cachapoal, Maipo y Aconcagua, con el Norte Chico y las regiones trasandinas.

Durante el invierno de 2014, tuve el privilegio de acompañar a Stehberg y al historiador Gonzalo Sotomayor (1974-2016) en su recorrido entre el portezuelo de Huechuraba y el río Colina. Premunidos de uno de los mapas anónimos de 1611 encontrados por Sotomayor el año anterior y navegando con la aplicación de Google Earth, pudieron localizar las dos arterias en que se bifurcaba la ruta incaica y colonial que venía de Av. Independencia y se dirigía al norte hacia la cuesta de Chacabuco. En lo personal, un momento estelar de esa prospección fue cuando, yendo en vehículo por una de estas vías (hoy un camino rural), los investigadores divisaron a ambos lados lo que podrían ser los cimientos de piedra de los muros que según las fuentes coloniales demarcaban el camino inca en esa zona. Yo no lo podía creer. En una región donde las pruebas físicas o materiales del camino incaico destacan por su ausencia, estábamos viendo las que son, probablemente, las evidencias tangibles del Qhapaq Ñan más australes del Tawantinsuyu.